

Sarah Kofman y su íntimo *Ecce homo*

Ricardo Espinoza Lolas

Pontificia Universidad Católica de Valparaíso 

Fabiana Pellegrini

Universidad Complutense de Madrid 

Pol Ruiz de Gauna de Lacalle

Universidad Autónoma de Barcelona 

<https://dx.doi.org/10.5209/ashf.100090>

Recibido: 08/01/2025 • Aceptado: 27/03/2025

ES Resumen: Este artículo alumbra un detalle crucial de la obra de la pensadora francesa Sarah Kofman, a saber, que su último libro *Rue Ordener, Rue Labat* no es simplemente un texto biográfico que presagia su suicidio inminente unos meses después de haberlo escrito, sino que expresa lo más profundo de su pensamiento y vida. Para mostrarlo, proponemos como horizonte de interpretación el *Ecce homo* de Nietzsche, ya que es a la luz del último libro de Nietzsche como podemos entender el modo escritural de Kofman en su libro y, con ello, ver que su trabajo versa sobre el eterno retorno, esto es, un Matiz de lo Sutil que indica la vida-muerte constitutiva de lo humano y de lo real mismo.

Palabras clave: Kofman, Nietzsche, Eterno retorno, *Rue Ordener - Rue Labat*, *Ecce homo*.

ENG Sarah Kofman and her intimate *Ecce Homo*

Abstract: This article explains a crucial detail about the French thinker Sarah Kofman, namely, how her last book *Rue Ordener, Rue Labat* is not merely a biographical text that foretells her imminent suicide a few months after it was written, but rather expresses the deepest aspects of her thought and life. To understand this, Nietzsche's *Ecce Homo* is proposed as the interpretative horizon, because it is in the light of Nietzsche's last book that we can comprehend Kofman's writing style in her book, and within this, see that her work revolves around the eternal return, that is a nuance of the subtle that points to the life-death that is constitutive of both the human and reality itself.

Keywords: Kofman, Nietzsche, Eternal Return, *Rue Ordener - Rue Labat*, *Ecce Homo*.

Sumario: 1. Introducción. "Ello" nos habla desde nuestro cuerpo doliente. 2. *Ecce homo* kofmiano. 3. Matiz de lo Sutil. 4. Conclusión. Eterno retorno, vida y Antígona. Referencias.

Cómo citar: Espinoza Lolas, R.; Pellegrini, F.; Ruiz de Gauna de Lacalle, P. (2026). Sarah Kofman y su íntimo *Ecce homo*. *Anales del Seminario de Historia de la Filosofía*, 43, 11-16. <https://dx.doi.org/10.5209/ashf.100090>

"Es probable que mis numerosos libros hayan sido vías transversales
obligadas para conseguir hablar de 'ello'"
Sarah Kofman, *Calle Ordener, Calle Labat*¹

"Como preveo que dentro de poco tendré que dirigirme a la humanidad que
jamás se le ha hecho, me parece indispensable decir *quién soy yo*"
Friedrich Nietzsche, *Ecce homo*²

¹ Kofman, *Calle Ordener, Calle Labat*, 25.

² Nietzsche, *Ecce homo. Cómo se llega a ser el que se es*, 17.

1. Introducción. “Ello” nos habla desde nuestro cuerpo doliente

Este artículo sobre Sarah Kofman es un breve texto kofmiano y, a la vez, nietzscheano sobre un matiz que expresa muy bien la sabiduría-vida (muerte) tanto de Kofman como de Nietzsche, a saber, es un texto en el matiz escritural que indica cómo la experiencia de la escritura es, a una, filosófica y, en ello, lo real se muestra, sin ontología ni categorización de base: nada espiritual es necesario para que opere explícitamente como necesario a efectos de hacer ver lo real como contingente, esto es, lo que somos a secas. La autora francesa nos quiere indicar “ello” que la ha movido en todos sus libros y en su propia vida a ser como es (ese es su “Cómo se llega a ser lo que se es”), nos quiere (y ella para sí misma) indicar ese matiz de una vida íntima y en el dolor que su biografía manifiesta; así nos abre un cierto universal que supura y sangra y que nos invita a todos a entrar en un baile, su baile, una experiencia que es nuestra experiencia entre el autor que escribe y el lector que intenta comprender en torno a ese “ello” contingente que mienta nuestra más radical finitud y precariedad y arbitrariedad en la que estamos. Como muy bien dice Nietzsche en su *Ecce homo*, se trata, de verdad, de soportar la verdad, y Kofman quiere mostrarnos su verdad e intentar, de este modo, soportarla de alguna forma (al final no pudo, pero ese no poder es parte de su afirmación). Es Nietzsche el terapeuta por excelencia, mucho más que Freud, para Kofman: “¿Cuánta verdad soporta, cuánta verdad osa un espíritu?, esto fue convirtiéndose cada vez más, para mí, en la auténtica unidad de medida”³. Ese “ello”, esa verdad a veces no se soporta, pero de todos modos se hace el intento de mostrarla en su radicalidad y, en esto, su contingencia brutal, la nuestra, la de cualquiera, la de Kofman: el asesinato de su padre en Auschwitz: “El 16 de julio de 1942 mi padre estaba seguro de que lo iban a ‘recoger’. Corría el rumor de que, para ese día, se preparaba una gran redada”⁴.

Kofman no solamente nos habla de Nietzsche en su obra una y otra vez hasta el cansancio, esto es, hasta el final de sus días, sino que nos lo explica de otro modo más allá de Deleuze mismo (su maestro), que fue generando una interpretación del pensador alemán que se volvió estándar en Francia, centrada en el libro *Nietzsche y la filosofía*, de 1962 (contra la estándar alemana anclada en Heidegger —véase el *Nietzsche* de 1961). Ambas interpretaciones se articulan en torno a *La voluntad de poder*, de 1901, texto apócrifo del que Sarah Kofman se aleja radicalmente. La filósofa francesa nos muestra a otro Nietzsche (alejado de la nefasta *La voluntad de poder*), que es desde donde aprende luego Derrida a leer a Nietzsche, como en *La vida la muerte: seminario, 1975-1976*. Además, Kofman vive como Nietzsche, esto es, en el gesto material, en cierta actualización del cuerpo que se afirma y permite vivir; y, allí, se da entre ambos un cierto modo de experimentación nunca antes visto de una filósofa leyendo y experimentando a otro filósofo un siglo después. Al final de su vida, antes del suicidio el mismo día que nació Nietzsche, un 15 de octubre (pero de 1994), Kofman nos entrega al pa-

recer un pequeño libro biográfico que se podría entender como una despedida de este mundo, pero que es mucho más que esto. Nosotros diríamos que es el *Ecce homo* de Sarah Kofman. Ella misma lo indica en cierta manera cuando en *Explosion II* nos recalca que, como Nietzsche, debiera realizar una “autobiografía”⁵.

2. *Ecce homo* kofmiano

Sarah Kofman es fiel a Nietzsche, como pocos lo han sido (debe ser uno de los pensadores más traicionados, desde su hermana hasta los que lo admiraban como Deleuze y en la actualidad D’Iorio; Heidegger es el más traicionero de todos, pues se siente su continuador y para ello lo falsifica). Kofman es fiel a Nietzsche de un modo “queer”, no solamente se deja fecundar y, por tanto, penetrar por Nietzsche, sino que ella misma busca fecundarlo a él y en esto es realmente brillante lo que hace con Nietzsche: “intentando también, por poco que sea, fecundarlo”⁶. Y esto se ve no solamente en la obra explícita de ella acerca de Nietzsche, sino también en su obra en general, llena de matices vida-muerte, esto es, dionisiaco-ariadneos, que indican “ello” que nos mueve. Kofman, siempre de la mano de su padre perdido y que nunca volvió de la muerte, junto a sus madres araña-lamento y bailarina (como expresiones de Ariadna), vuelve y retorna una y otra vez en sus escritos y vida, hasta que comparece ante ella entre sus dos calles, sus dos mujeres, sus dos madres, sus dos modos de vida. Se realiza el *Ecce homo* de Kofman. La fidelidad de Sarah a Fritz es realmente impactante y es de las pocas mujeres y pensadoras, en general, que le fue fiel y lo entendió desde dentro (Lou Salomé debiera avergonzarse al lado de Sarah Kofman). Sin embargo, serle fiel a Nietzsche nunca es repetirlo; tal es el error de muchos que lo han querido seguir, incluyendo a Heidegger, que lo sigue y en ello lo ontologiza. Ella sabe serle fiel, en la diferencia, en cierta metáfora que lo repite pero de otra forma, una forma que se actualiza en el trazo literario, a la altura de los tiempos, y con “ello” que te mueve, un ello que no se repite. Imposible de repetir: “ser fiel a Nietzsche no es hacer como él, escribir como él”⁷. Todo intento burdo de repetirlo es una chapuza. ¿Cómo acontece la fidelidad de Kofman a Nietzsche? La clave es su *Ecce homo*.

Ecce homo. Cómo se llega a ser el que se es, de Nietzsche, no es simplemente un libro de Nietzsche, uno de los últimos, y en cierta forma el último, iniciado un 15 de octubre de 1888 (para celebrar su propio cumpleaños), sino que es un libro-experiencia que, en torno a lo biográfico (y con una materialidad dura y radical), nos muestra un acontecimiento, no el del propio Nietzsche, sino el de la filosofía misma, y en ello nos indica a Diónysos como la salida del Laberinto de la subjetividad y junto a él, su verdad, esto es, Ariadna. Ese juego, ese baile entre ambos, le quita la seriedad moderna a las cosas y en su materialidad todo se vuelve jovial y se asume el dolor. Así se es fiel a Nietzsche. Kofman se dio cuenta de ello, esto es, volviendo a lo presocrático, a lo trágico, a lo dionisia-

³ Ib., 19.

⁴ Kofman, *Calle Ordenar, Calle Labat*, 27.

⁵ Kofman, *Explosion II. Les enfants de Nietzsche*, 371.

⁶ Id.

⁷ Kofman, *Nietzsche et la métaphore*, 10.

co y ariadneo, a “ello”⁸, y así se puso a seguir a su padre asesinado. El inicio de su libro, *Rue Ordener, Rue Labat*, es una vuelta a ese inicio que permanece: “De él sólo conservo la estilográfica. Un día la cogí del bolso de mi madre, donde la guardaba con otros recuerdos de mi padre”⁹. Ese es el gesto de fidelidad y no de traición ni de repetición de Kofman en torno a Nietzsche. Y no es cualquier retorno, ni cualquier inicio. Nietzsche lo dice así: “En este día perfecto que todo madura y no solo la uva toma un color oscuro acaba de posarse sobre mi vida un rayo de sol: he mirado hacia atrás, he mirado hacia delante, y nunca había visto de una sola vez tantas y tan buenas cosas. No en vano he dado hoy sepultura a mi cuadragésimo año, me era lícito darle sepultura, -lo que en él era vida está salvado, es inmortal. La *Transvaloración de todos los valores*, los *Ditirambos de Dioniso* y, como recreación, el *Crepúsculo de los ídolos* -¡todo, regalos de este año, incluso de su último trimestre! ¿Cómo no había yo de estar agradecido de mi vida entera? Y así me cuento mi vida a mí mismo”¹⁰. Nietzsche inició su cumpleaños volviendo a lo dionisiaco mismo como inicio de su vida, la de todos, y como expresión de “ello”, lo real. Y en ese día dio sepultura a lo humano, demasiado humano de su vida, de una época de vida y comprensión de lo real mismo como yo o Estado nación. Por ejemplo, ajustó cuentas con su madre y hermana, con los Wagner, con Lou, explicitó a Diónyosos, develó a Ariadna como clave de su pensamiento y aconteció el eterno retorno en múltiples momentos. Y, al dar sepultura, ya estaba a salvo lo inmortal. Kofman entendió de modo increíble, profundo, sutil y ligero el eterno retorno.

Nietzsche nos señala que su obra, desde muy joven, giraba en torno a lo dionisiaco y que en *Zaratustra* cobra un sentido explícito porque se expresa “ello” como eterno retorno: “La concepción fundamental de la obra, el *pensamiento del eterno retorno*, esa fórmula de suprema afirmación a que puede llegar en absoluto”¹¹. Y ¿qué se da, entonces, en el *Ecce homo*? El *Ecce homo* es un libro formalmente del eterno retorno escrito de modo retornante y en ello se nos vuelve en un libro dinamita, inactual, de vanguardia que no solamente no envejece, sino que nos permite vernos a nosotros mismo en la medida que Nietzsche nos habla de modo radical de sí mismo y se abre en canal ante el lector y vemos su dolor y lamento, y cómo desde allí se inicia un baile (Nietzsche no deviene Diónyosos al final de su vida, sino Ariadna). El *Ecce homo* es un libro-experiencia que acontece en Nietzsche y en cada uno de nosotros cuando realizamos en nosotros lo que acontece en el texto: el eterno retorno. Es una obra maestra, otra más de este joven pensador que se volvió tempranamente demente, pero que dejó varias obras maestras como *El nacimiento de la tragedia*, *Humano, demasiado humano*, *La Gaya ciencia*, *Así habló Zaratustra I*, *Así habló Zaratustra II*, *Así habló Zaratustra III* y el *Ecce homo*.

Entre estas obras maestras, *Zaratustra III* y *Ecce homo* son dos que están entre las que se debieran conservar como legado de la humanidad. Y esto tan-

to por el modo escritural de la expresión de ambas obras, que alcanzan cotas nunca antes vistas, cuanto porque en la primera se expresa el eterno retorno por medio de una riqueza fina de matices y, en la segunda, desde los momentos propios del autor en su vínculo con el lector; lo cual permite una experiencia única entre autor y lector con relación al eterno retorno como ese “pensamiento abismal”, sin fundamento alguno, que indica en el matiz de cada uno la asunción del inicio de nuestro acontecer en su dolor y así su afirmación entre unos y otros: sin necesidad de laberinto alguno. Kofman pudo ser fiel a Nietzsche, repetir su gesto desde su inicio, y de allí en su modo escritural seguir a su padre en su dolor abismal, sin fundamento, y abrirnos su cuerpo en canal e indicarnos cómo llegó a ser la que fue en libertad radical (como, por ejemplo, Mishima).

Por esta razón, para entender-vivir *Rue Ordener, Rue Labat*, proponemos como marco teórico el *Ecce homo* de Nietzsche, tanto en el modo escritural y en su contenido y, radicalmente, en un instante fundamental de ambos para expresar desde esa singularidad que somos un cierto universal que nos perfora y nos permite entender de otro modo no conceptual ni categorial lo real mismo: un real no meramente “nuestro”, sino de ustedes mismos como lectores de su obra. “La felicidad de mi existencia, tal vez su carácter único, se debe a su fatalidad: yo, para expresarme en forma enigmática, como mi padre ya he muerto, y como mi madre vivo todavía y voy haciéndome viejo... Mi padre *murió* a los treinta y seis años: era delicado, amable y enfermizo, como un ser tan sólo destinado a pasar de largo, - más una bondadosa evocación de la vida que la vida misma. En el mismo año que su vida se hundió, se hundió también la mía: en el año trigésimo sexto de mi existencia llegué al punto más bajo de mi vitalidad, -aún vivía, pero no veía tres pasos delante de mí”¹². Esa muerte del padre en la que Nietzsche también muere le permite seguir vivo junto a su madre (una madre que también fue un modo mortífero de ser y reproducir lo peor de las lógicas de muerte); ese doble juego familiar para que “ello” se dé y su vida-muerte se afirme en ciertos instantes expresa lo propio de lo real en su contingencia misma, esto es, nuestra propia materialidad mortal, que es donde somos y nos movemos como vidas mortales.

3. Matiz de lo Sutil

Algunos estudiosos no saben qué hacer con Kofman, en general, y con *Rue Ordener, Rue Labat*, en especial, por lo cual se contentan con descomponer la obra de un modo analítico, procedimiento que, aun siendo correcto, no da cuenta del gesto de Kofman: “El tono de esta autobiografía nos revela cierta peculiaridad con respecto de sus otros textos, presentando un estilo otro. La sintaxis es sencilla, compuesta de frases simples y cortas. No abundan las florituras ni la retórica. Es un tono directo, espoleado por un ritmo rápido y cortante. Se logra transmitir la angustia causada por la sensación de estar amenazado de muerte -inminente e imprevista-. Tales tipos de análisis no pueden no ver este texto como algo del orden biográfico de la autora, incluso dicen que no

⁸ Kofman, *Nietzsche et la scène philosophique*, 49.

⁹ Kofman, *Calle Ordener, Calle Labat*, 25.

¹⁰ Nietzsche, *Ecce homo*, 23.

¹¹ Nietzsche, *Ecce homo*, 103.

¹² Nietzsche, *Ecce homo*, 25.

usa retórica alguna debido al modo sencillo y cortante de la escritura, que es precisamente la retórica de expresión de Kofman del texto como Matiz de lo Sutil (cosa que pasa por completo inadvertida en este tipo de estudios), pero no es eso lo que ella hace aquí (en otros lugares ha hablado de su vida y dolor)¹³. Este texto de la filósofa es brillante en su retórica, fundamental en su modo de expresión, en el que la forma muestra magistralmente ese matiz en su vida-texto como momento que la articula no solamente en este texto final de su vida, sino de su obra y vida, como el *Ecce homo* de Nietzsche. Ella nos dice lo que ve en Nietzsche, pero para sí misma y de acuerdo con su propio modo de decirlo: “Al leer por primera vez en una tragedia griega esas lamentaciones bien conocidas, ‘o popoi, popoi, popoi’, no puedo dejar de pensar en esta escena de mi infancia en la que seis niños, abandonados por su padre, sólo pudieron gritar ahogadamente, con la certeza de que no volverían a verlo nunca más: ‘oh papá, papá, papá’”¹⁴. Este texto en su intimidad y juego retórico nos indica ese Matiz de su vida, de la vida que se expresa como hilo conductor de su propio Laberinto, de este libro, de sus libros, de su vida y, además, de las decisiones que la han movido. Es un texto que estremece y, a una, nos conecta con el inicio del pensar según Nietzsche, lo dionisiaco, lo trágico y también con su otro “amor”, que es Freud, y lo traumático que la mueve y que se le actualiza siempre como presente en todo su cuerpo femenino y escritural (con apoyo en este aspecto de la obra de Kofman, creemos que Derrida no solamente repiensa a Nietzsche, sino el propio psicoanálisis, lo cual, por ejemplo, se ve claro en el trabajo sobre el duelo como algo que no se cierra sino que permanece abierto). Es interesante mostrar que en el caso de Nietzsche sucede algo similar con sus “estudiosos”, esto es, no saben qué hacer con todo lo que Nietzsche escribe respecto a lo personal (y en su caso no solamente en el *Ecce homo*, sino en gran parte de su obra).

Por ejemplo, aquí encontramos una lectura “académico-explicativa” de *Rue Ordener*, *Rue Labat*, que en lo básico es “correcta”, pero en lo esencial es totalmente un fracaso hermenéutico para comprender a Kofman: “En este texto Kofman no establecerá una apuesta teórica, ni expondrá el comentario de texto o de una obra de arte, sino que trata de poner por escrito, de fabular, de manera entrecortada, abrupta y angustiosa, la experiencia de su infancia, que pasa por el arresto de su padre, la huida de las redadas, el pasar desapercibida junto a Mémé (apelativo que podemos traducir como ‘abuelita’): doble sustituto materno. También encontramos expuesto su retorno a un mundo judío tras la represión y el olvido de este...”¹⁵. A continuación: “En este texto Kofman no establecerá una apuesta teórica...”. Al decirnos esto, se entiende que no se puede comprender a Kofman en

su modo escritural, porque su “apuesta teórica” es el Matiz de lo Sutil, que se expresa de esa manera en este escrito en el que forma y contenido se dan la mano. La filósofa, psicoanalista, literata y feminista Kofman se mueve en un trazo escritural que no se puede reproducir ni imitar, como ella no imitó a Nietzsche, en lo cual nos muestra, hasta en el modo de redacción del texto, cómo el eterno retorno aconteció en ella no solamente como vida, sino como vida-muerte. El radical dolor ante la muerte, en la que vive embarcada día a día, no es objeción frente a su pensamiento-vida, sino una aporía sin resolver. En ella se vive-muere, tal como lo hizo Nietzsche, aunque él salió de la aporía de modo dionisiaco: bailando. Kofman vio el mito de Dionysos solo hasta el abandono y lamento, y no se percató de cómo el baile era la salida. Por eso dice Kofman: “Dionisio es un tentador que atrae a los hombres con sus estratagemas para abandonarles mejor”¹⁶. Pero el mito de Dionysos era desde la clave de Ariadna: gracias a ella, el mito no termina con el abandono sino con el baile, las nupcias, los hijos, la diadema y la afirmación de la polis misma.

Kofman ve grande a Nietzsche porque entre otras cosas repiensa lo filosófico no desde el *establishment*, sino desde lo trágico (lo dionisiaco), y en ello se da un nuevo inicio no solamente para la filosofía, sino para el pensamiento y la vida, lo que propicia que la escritura misma cambie. Recordemos cómo Nietzsche tiene que ir contra Aristóteles para realizar semejante gesto, que se vuelve en un gran gesto para la filosofía: “En este sentido tengo derecho a considerarme el primer filósofo trágico – es decir, la máxima antítesis y el máximo antípoda de un filósofo pesimista. Antes de mí no existe esta transposición de lo dionisiaco a un *pathos* filosófico: falta la *sabiduría trágica*, – en vano he buscado indicios de ella incluso en los *grandes* griegos de la filosofía, los de los siglos anteriores a Sócrates”¹⁷. Ese gesto pequeño, que es un gran gesto, es el que realiza Kofman consigo misma: nos recuerda cómo fue leer por primera vez una tragedia griega y, con ello, el recuerdo de su propio padre, que la atraviesa a lo largo de toda su vida-muerte.

Kofman es más simple que Nietzsche, pues en su relato biográfico, literario, sobre la infancia, la pérdida del padre, la errancia de un lado a otro y la relación con sus dos madres, nos narra quién es y de modo implícito nos indica lo que piensa de la vida-muerte: un Matiz desde donde nos embarcamos. En esa simplicidad, mucho más simple que la nietzscheana, Kofman deviene un modo de Matiz de lo Sutil. Si Nietzsche expresa el eterno retorno de múltiples modos en su libro, Kofman se pone en posición del eterno retorno (Kofman se vuelve formalmente una Antígona). El eterno retorno acontece en su texto porque la expresa a ella misma, pero también a nosotros, sus lectores interiorizados, que de este modo la leemos entre líneas, y nos leemos a nosotros mismos entrelíneas. Eso es algo que no se ve, que un “lector académico” no ve, fruto del impacto mismo de la narración, que por momentos es dramática e intensa, lo cual dificulta percibir cómo la filosofía de

¹³ Véase: por ejemplo, *Comment s'en sortir?* (1983) y su apéndice titulado *Cauchemar*. Y, también, *Paroles suffoquées* (1987), aquí Kofman cuenta la deportación de su padre y su asesinato en Auschwitz. Y otros pequeños textos: *Sacrée nourriture* (www.persee.fr/doc/grif_0770-6081_1997_hos_3_1_1926), *Tombeau pour un nom propre* o «Ma vie» et la *psychanalyse* (www.persee.fr/doc/grif_0770-6081_1997_hos_3_1_1928).

¹⁴ Kofman, *Calle Ordener, Calle Labat*, 29.

¹⁵ Maseda de la Torre, *Habitando el entre: Estética, Literatura y Psicoanálisis en Sarah Kofman (Tesis Doctoral)*, 67.

¹⁶ Kofman, *Explosion II. Les enfants de Nietzsche*, 80.

¹⁷ Nietzsche, *Ecce homo*, 78-79.

Kofman, en cuanto Matiz de lo Sutil, está presente en este texto final de su vida: "... jamás volvimos a ver a mi padre... Es posible que sobreviviera un año. Al parecer, un carnicero judío que era Kapo... lo mató a golpes con un pico y lo enterró vivo un día en el que se negó a trabajar. Era un Sabbat"¹⁸.

Rue Ordener, Rue Labat es un texto que constituye un legado para nosotros sus lectores. Y es un legado como testimonio doble, no solamente el último texto de Kofman, autobiográfico, sino que es su texto filosófico por excelencia. No se puede hablar de lo real de modo categorial, en la línea, por ejemplo, del llamado Realismo Especulativo, que del eterno retorno no entiende nada, sino que solo cabe producirse, pensar y escribir desde la contingencia misma de la vida en toda su fragilidad, en todo el sinsentido y en toda la materialidad que nos constituye —solo así podemos realizar una vida-muerte.

4. Conclusión. Eterno retorno, vida y Antígona

"donde vosotros veis cosas ideales,
veo yo -cosas humanas, ay,
sólo demasiadas humanas!"
Nietzsche¹⁹

Antígona sabe que morirá y no tendrá hijos, porque, al desacatar el edicto de Creonte, rey de Tebas y hermano de su madre-abuela Yocasta, se condena a morir, pero no dejará de hacer lo que tiene que hacer, esto es, llevar a cabo el rito fúnebre para su hermano Polinices, muerto en combate a manos de su otro hermano Eteocles (que, a su vez, fue asesinado por Polinices: la maldición de Edipo cae sobre su estirpe, como ya señala Sófocles en *Edipo en Colono*), porque eso es lo que prescriben las normas del cuerpo, de la sangre inscrita en ella y en todos nosotros. Tal es la única forma en la vida-muerte de reiniciar Tebas, de que ella vuelva a acontecer. Y, además, como bien relata Sófocles, Antígona termina suicidándose en la gruta donde fue enterrada viva antes que su amado Hemón, hijo del rey, la pueda salvar de sí misma (evitar que se suicide). Kofman es una Antígona y hará lo que tiene que hacer, durante años (entre otras cosas escribiendo sus libros), para realizar los ritos fúnebres, no solamente de su padre, sino de su madre judía, que la condenó a su segunda muerte en vida, vivir en la gruta de una religiosidad muerta y de su madre cristiana, que le enseñó lo que era el deseo, como vida, pero a la que no pudo seguir con todo, ni a su funeral, por ser de otro mundo, que tampoco era su mundo: es la tercera muerte en la que vivió Kofman. En la vida-muerte de Kofman, en ese Matiz de lo Sutil, que la llevó inexorablemente a vivir en el estudio, el psicoanálisis, la literatura, el judaísmo, el cristianismo, el feminismo, entre los patriarcales filósofos franceses, abrió su Tebas, con su cuerpo, siendo un monstruo dionisiaco para abrir en canal su vida y la de todos nosotros como expresión política de nuestra intimidad más radical: ser mezclas de mezclas. Hija de todo tipo de incesto, como Antígona, que lleva no solamente sangre de su hermano como padre, sino del propio

dios Diónysos, por ser su tío bisabuelo, e incluso sangre del dios en tanto animal, como toro, por excelencia. La sangre de Kofman tiene esas mezclas y tantas otras, por estar siendo a la altura del siglo XX: su sangre rompe toda estructuración de lo simbólico, y su cuerpo se abre desde lo real mismo, que no deja que se vuelva a cerrar.

No olvidemos que lo último que nos dice la pensadora francesa en su libro sobre su "pensamiento abismal" es: "No pude asistir a su funeral. Pero sé que el sacerdote recordó, ante su tumba, que durante la guerra había salvado a una niña judía"²⁰. Kofman nos recuerda al final de su texto, meses antes de su suicidio a 150 años del nacimiento de Nietzsche, que no pudo ir al funeral de su segunda "madre" (Memé), su madre cristiana, que la salvó no solamente de la muerte inexorable que la esperaba por ser judía, sino también de la muerte de su propia feminidad, deseo, cuerpo, estudio y filosofía a que la había condenado su otra madre. Esta, la madre judía (sumida en una melancolía destructiva que, como una Ariadna laberíntica, condenaba a Sarah al Laberinto y le daba muerte en vida), le cortaba la luz, literalmente, para que no leyera, porque estudiar era ya la emancipación de Sarah, era vivir "su" vida (el feminismo de Kofman es de un tipo muy especial). Así Kofman siempre estaba viva y lo hacía desde la luz de Memé (la mujer del baile, una Ariadna bailarina): "Gracias a Memé, que comentó mi situación al profesor de filosofía y a la directora del instituto Jules-Ferry, pude, no obstante, acabar mis estudios. Disfrutaba de una beca de media pensión y comía a mediodía en el instituto; pero por la noche ¡aprendía el precio de mi bistec! En la cena, mi madre y yo teníamos escenas terribles. A menudo, hacía huelgas de hambre y robaba el azúcar a escondidas (...) Por la noche mi madre me cortaba la luz muy pronto: recuerdo haber leído, bajo las sábanas, con ayuda de una linterna, *Los caminos de la libertad* de Sartre (...) Al final de estos dos años, había adelgazado siete kilos, abandonando toda práctica religiosa"²¹. Memé les contó a los profesores todo el martirio que sufría Sarah por su propia madre para que no estudiara y así logró esa beca, esa comida, ese estudio, como alimentos de vida. Ella fue Sartre para Kofman. Al leer en la noche, en la emancipación de su cuerpo, bajo las sábanas, con una linterna construía su propio camino de la libertad, una libertad en la barca de la propia muerte en la que estaba y en la que estamos todos. Memé y Sartre fueron padres de vidas de Kofman en este mundo nadificado en que lo único que nos queda es la libertad. Así como el grito de Antígona, como ve muy bien Butler en su libro *Antigone's Claim* (2000). Kofman nos grita su libertad y en ellos nos ilumina en medio de su muerte, de nuestra muerte.

Fiona Kofman, la madre de Sarah, nos recuerda a las "mujeres de Nietzsche", su madre y hermana, que el filósofo en su *Ecce homo* muestra en su operar más cruel y como objeción irónica al eterno retorno; ellas expresan una lógicas de muerte, son momentos de ella, de un cristianismo que, como un laberinto, solo niega la vida y la traiciona y la aniquila: "Cuando busco la antítesis más profunda de mí mismo, la

¹⁸ Kofman, *Calle Ordener, Calle Labat*, 31-32.

¹⁹ Nietzsche, *Ecce homo*, 89.

²⁰ Kofman, *Calle Ordener, Calle Labat*, 107.

²¹ Id., 105.

incalculable vulgaridad de los instintos, encuentro siempre a mi madre y mi hermana, - creer que yo estoy emparentado con tal *canaille* (gentuza) sería una blasfemia contra mi divinidad. El trato que me dan mi hermana y mi madre, hasta este momento, me inspira un horror indecible: aquí trabaja una perfecta máquina infernal, que conoce con seguridad infalible el instante en que es posible herirme cruelmente - en mis instantes supremos, ... pues entonces falta toda fuerza para defenderse contra gusanos venenosos... confieso que la objeción más honda contra el 'eterno retorno', que es mi pensamiento auténticamente *abismal*, son siempre mi madre y mi hermana"²². No por casualidad este libro maldito de Nietzsche, como también los otros, se publicó a veinte años de haberlo escrito y a ocho de su muerte, esto es, en 1908, totalmente deturpado, con el propósito de silenciar lo que Nietzsche dice en su dolor más grande y, a la vez, desde su afirmación dionisiaca: ese Matiz que da vida y lo hace seguir. La falsificación salió a la luz en 1969 gracias al trabajo de Colli y Montinari, que encontraron en Weimar el folio original, en el que se evidencia cómo el eterno retorno, "vida-muerte", "escritura y caminatas-madre y hermana", "alegría-dolor", se articulan en Nietzsche, y lo mismo en Kofman. Este texto original, pudo leerlo nuestra filósofa en su edición francesa. Si Nietzsche vio una salida a estas lógicas laberínticas de traición y muerte en lo dionisiaco: "¿Se me ha comprendido? - *Dioniso contra el crucificado...*"²³, Kofman no halló salida, porque el crucificado no solamente estaba inscrito en lo cristiano, sino también en lo judaico de su siglo XX (su propio padre, Bérek Kofman, fue asesinado por un carnicero judío llamado Kapo y enterrado vivo, y su madre hizo todo lo posible por encarcelar a Sarah en el laberinto del dolor).

El suicidio de Kofman hace que su texto pierda fuerza filosófica, su texto sutil sobre la muerte y au-

sencia del padre, sus madres, todo lo cual retorna y constituye las vidas, nuestras vidas. En lo que queremos que reparen, nuestros lectores, es en el trazo literario mismo de Kofman y, por lo tanto, no solamente en su dolor, sino ante todo en su posición filosófica, esto es, en su posición en torno a lo real. De ordinario nos resistimos a ver a la filósofa que emerge en un relato de tan sobrecogedora intimidad, y nos cuesta apreciar que, no usando conceptos, Kofman emplea giros e inscripciones materiales del lenguaje como mediaciones de lo real que constituyen nuestros cuerpos de modo único: es un modo litúrgico de escritura en el que se inscribe ese Matiz de lo Sutil, "ello" se expresa y la aporía se resuelve disolviéndose todo, hasta ella misma.

"Sólo... mi padre, con otros muchos, sufrió esta violencia infinita: morir en Auschwitz, ese lugar donde ningún reposo podía, ni debía, ser respetado"²⁴. Un reposo que nunca tuvo Kofman, pero que le permitió vivir su vida-muerte y de abrir en canal la nuestra para reiniciar nuestro modo político de ser. Antígona nos señala unas palabras que nos muestran a Sarah Kofman en lo que es (porque ella no muere, sino que nunca dejó de amar a su padre y a sus madres):

"οὔτοι συνέχθην ἀλλὰ συμφιλεῖν ἔφυν"
Sófocles, *Antígona*²⁵

Referencias

- Kofman, Sarah. *Calle Ordener, Calle Labat*. Valladolid: Cuatro Ediciones, 2003.
 — *Explosion II. Les enfants de Nietzsche*. Paris: Galilée, 1993.
 — *Nietzsche et la métaphore*. Paris: Galilée, 1983.
 — *Nietzsche et la scène philosophique*. Paris: Galilée, 1986.

²² Nietzsche, *Ecce homo*, 29.

²³ *Ib.*, 145.

²⁴ Kofman, *Calle Ordener, Calle Labat*, 32.

²⁵ "No he nacido para participar en el odio, sino para participar en el amor": Sófocles, *Antígona*, 523.